

“Adolescencia”

Una lectura psicoanalítica

Silvia Wainsztein- Enrique G. Millán

Este material se utiliza exclusivamente para fines didácticos
del Curso Preparatorio para el Examen de Residencias de Psicología 2016 de S R M Cursos®

EL MEGAFONO

VIII. LAS CONDICIONES DEL DIÁLOGO EN LA PUBERTAD *

WWW.SRMCURSOS.COM
CURSO RESIDENCIAS PSICOLOGÍA

Antes que nada, vaya comentar la impresión que me causó el cartel en el que se difundía esta actividad, en la que he sido invitado a participar. El cartel decía: "La estructura del sujeto en la infancia. El lenguaje". Me permitiré aislar un sentimiento que experimento hace bastante tiempo en relación con las actividades de este tipo. Observé el cartel y me dije: "Yo, de la infancia, no sé nada. Jamás tomé una hora de juego, no tengo experiencia clínica con niños. Y sin embargo estoy presente en todos los congresos y en todas las mesas redondas a título de analista de púberes". Es una sensación bastante extraña: se discuten cuestiones tales como la de si en la niñez hay fantasma o si no lo hay, o si el sujeto se constituye allí o no, y uno pasa a hablar acerca de los púberes, y no de los niños.

Ahora, al ver el cartel y experimentar la sensación que antes expliqué, pensé que esa sensación no era muy distinta de la que experimentan los propios púberes. ¿En qué congresos o ciclo de charlas corresponde que se hable de púberes o de adolescentes en general? ¿En los congresos acerca de los adultos? ¿En los congresos acerca de los niños? El tema de los púberes es siempre una suerte de agregado un tanto incómodo, y uno se ve en la necesidad de justificar por qué uno está ahí hablando con cierta sensación de incumbencia y de falta de incumbencia a la vez. Esa sensación es muy expresiva de lo que ocurre en el púber. Quiero decir, en definitiva, que inicio

*Enrique Millán. Este trabajo fue presentado en las jornadas sobre "El sujeto en la infancia, el lenguaje", organizadas por el servicio de Psicopatología del Hospital Español, en 1993.

mi charla dejando sentado nuevamente que no sé si lo que diré tiene algo que ver con la infancia.

La consigna que se me transmitió es la de que el ciclo se refiere específicamente a la cuestión del lenguaje. La pregunta que se plantea ante todo es, pues, la de si existe una posición respecto del lenguaje que sea específica y propia de la pubertad. Debo aclarar que diferencio pubertad de adolescencia. Refiero el término "adolescencia" a un campo mucho más vasto que el psicoanálisis. La adolescencia pertenece al campo de la psicología genética, en la que se la define de acuerdo con ciertos criterios evolutivos que pautan los distintos períodos a lo largo del desarrollo de la existencia. Es pertinente asimismo en el terreno de la antropología, donde se han producido muchísimos trabajos a partir de las investigaciones de Margaret Mead. Esos trabajos se relacionan a la vez con la sociología, en la medida en que la adolescencia se presenta como un fenómeno distinto en cada cultura y en cada sociedad. La pregunta que aquí se plantea versa acerca de lo propio del campo psicoanalítico en relación con un tema abordado por una pluralidad de disciplinas desde diferentes ángulos teóricos.

El examen de la bibliografía freudiana y lacaniana pone de manifiesto que el concepto que se presenta como específico es el de *pubertad*. Sobre todo en "La metamorfosis de la pubertad" -el tercero de los *Tres ensayos*-, Freud plantea cuestiones específicas. Ese trabajo es de 1905, y Freud lo corrigió y lo amplió aun en la década de 1930. Pero no voy a abundar hoy en la concepción específica de la pubertad, puesto que el tema específico de esta reunión es el del lenguaje.

EL DIÁLOGO: SUS RUPTURAS

Comenzaré por hacer semiología: describiré discursos. Un dato destacable a partir de la pubertad es el de la ruptura de las condiciones dialógicas entre los púberes y los padres, o sus mayores en general. Al hablar de una ruptura de las condiciones dialógicas

me refiero a la ruptura de las pautas establecidas que regulan en una cultura el desenvolvimiento habitual de un diálogo. Por otra parte, me refiero específicamente al diálogo con los padres, porque las pautas dialógicas con los pares, que no siempre son las mismas que rigen el mundo de los adultos, se respetan.

El concepto de diálogo puede plantearse a partir de una de las tesis que plantea Lacan en "La agresividad en Psicoanálisis". Para Lacan, la transferencia supone una ruptura de las condiciones dialógicas, en la que se da una tensión agresiva máxima. Uno de los que intervienen en el diálogo, el analizante, se ve expuesto a su propio discurso, librado a él, sin saber cuándo ni cómo va a intervenir el otro, el analista, el cual no está obligado a responder a preguntas, a intervenir cuando le es demandado. Es decir que a partir de una situación atípica como es la transferencia, podemos reconstruir las condiciones del diálogo.

Muchas veces, si un análisis comienza por el borde simbólico-imaginario, es probable que, el analista intervenga levantando signos, abriendo polisemia, produciendo algo de sinsentido. Esto produce, según Lacan, tensión agresiva. ¿Por qué? Esta pregunta nos permitirá pensar las condiciones del diálogo.

El diálogo tiene justamente la función de hacer descender la tensión agresiva en los términos en que se la entiende en este contexto. La función de proteger a los interlocutores de la fantasía de despedazamiento y de fragmentación que es vivida como procedente del otro. El diálogo tiende, pues, a aplacar y a reducir la tensión agresiva en la medida en que refuerza el acuerdo imaginario. Cuando se dialoga, se dialoga de yo a yo; se sabe que el campo de la enunciación funciona, aunque debajo de la barra y que se habla de lo que se habla, y no de otra cosa. El campo de las intenciones, el campo de los cierres imaginarios, el campo de lo que se quiere decir -no el de lo que se más allá de lo que se quiere decir- es un fenómeno central en el diálogo.

Puede decirse que si en una situación dialógica uno no se atiene a lo que el otro quiere decir, esto es, si no se entra en el campo de

un encuentro imaginario, se corre el riesgo de generar una situación de tensión agresiva. Se trata, en definitiva, de eso que se dice habitualmente: que toda interpretación fuera de contexto analítico es una agresión que abre el campo de lo obsceno.

Sabemos, no obstante, que tal obscenidad es muy común en nuestro medio. Consiste en introducir en la escena lo que debiera estar fuera de ella: ésa es la definición de lo obsceno. Es particularmente frecuente entre los analizantes púberes de padres psicoanalistas. En ese caso, para asegurar algo del orden necesario en un análisis, uno se ve obligado a situarse en las antípodas de la posición del analista, con intervenciones del estilo de: "Cuando vos le decís a tu mamá tal cosa, le decís tal cosa y no le decís tal otra, como ella dice que le decís, eso otro puede ser que lo veamos acá". Si un significante, por definición no se significa a sí mismo, un sujeto no puede vivir en un mundo en el que todo permanentemente remita a otra cosa puesto que enloquecería. Es necesario pues, poner un límite a la deriva significante fuera de la sesión, para que pueda escucharse algún significante en ella.

Abrir el campo de la enunciación es algo que supone una gran responsabilidad. Lacan dice que no se abre el inconsciente sin muchos cuidados. Por eso el dispositivo analítico es tan riguroso. En *L'Insue*, por ejemplo, señala que si el análisis circula estrictamente por lo simbólico (quiero decir, por lo simbólico en el sentido de las formaciones del inconsciente), es posible que se incurra en una equivocación muy seria. Uno de los nudos puede terminar por envolver a los otros dos. Pues no se trata en estos casos de que el analizante tenga simplemente la experiencia del inconsciente, sino que, en cierto sentido, el inconsciente rompe la condición borromea y pasa a formar parte casi de la constitución de una realidad que hace a un lado lo real y lo imaginado.

Por tanto, el diálogo, en tanto consiste en una relación de yo a yo, se instala en el campo del sentido, reduce la agresividad, y conlleva algo del orden de la castración en tanto supone el sometimiento a pautas dialógicas que permiten que la enunciación circule por debajo de la barra.

Por ejemplo: en el caso presente, hay un acuerdo imaginario en virtud del cual estoy hablando de cuestiones teóricas frente a un auditorio al que se supone que le interesa escuchar hablar acerca de esas cuestiones. Si ahora yo incurriera en lo que en otro contexto se podría considerar un lapsus, consistiría, en este contexto, en una equivocación. Lo que su enunciación pudiera producir, pertenecería estrictamente a la intimidad de mi propio análisis. Eso no quiere decir que no se utilicen, para otros usos, cosas tales como los juegos de palabras que Freud describe en *Psicopatología de la vida cotidiana*. Pero la pertinencia de esos otros usos debe ser determinada por esos otros campos teóricos.

Se recordará que en la década de 1970 se leían carteles en los que la frase "Perón, Evita, la patria socialista" se leía "Evita" con "e" minúscula, esto es, la primera persona del verbo "evitar", en lugar del diminutivo del nombre de Eva Perón. Si se hubiera pretendido hacer de la frase una lectura política -por más verdad que hubiese en juego en ello- se la tendría que haber fundamentado desde el punto de vista teórico a través de una teoría de las ideologías o de la práctica política. No alcanza con decir que allí hay una enunciación: hay un significante que funciona para que esto tenga pertinencia de lectura política.

Pues bien, con frecuencia podemos ver que en la relación con los mayores aparece en los púberes una ruptura muy tajante de las condiciones dialógicas: la renuencia a contestar en el momento en que hay que contestar y la irrupción de frases en momentos no oportunos. Un ejemplo es el del chico que llega del colegio, y la madre le dice: "¿Cómo te fue en el colegio? ¿Qué tal?" El chico responde: "Callate". Sigue camino hasta su cuarto, y varias horas después, en la mesa, a la hora de cenar, dice: "Bien". La madre ya no se acuerda de la pregunta que había hecho cuando el otro entraba, y se había quedado enojadísima, pensando: "No me quiere contar nada de lo que pasa", "Por qué me contesta de esa manera". En un medio de padres intelectuales, por ejemplo, si el chico se pone a leer a escondidas de sus padres para no darles el gusto (porque en

esta época la preocupación por que lean es seria) y es sorprendido leyendo, entonces la respuesta puede ser asimismo muy agresiva. A veces, tras esa primera respuesta disruptiva, dice algo que en apariencia nada tiene que ver con el tema pero es no obstante una especie de respuesta a la cuestión. No hace falta abundar en ejemplos dado que veo que ubican rápidamente de qué se trata. Puede considerarse que todo esto se sitúa en el plano descriptivo (y así lo estoy planteando en principio), pero la pregunta que debemos hacernos es si estas cuestiones se relacionan con la estructura.

En síntesis, es muy difícil (también en sesión) entablar con un púber un diálogo del estilo de: "Sentémonos y vamos a charlar de cómo te va en el colegio, y vos me contestás que la de historia tal cosa y la de geografía tal otra, y entonces yo opino, y vos podés disentir, podés no tener la misma opinión que yo tengo, y yo también puedo tomar lo que vos dijiste para después..." Una cosa así es enteramente imposible. Estas cuestiones son parecidas a la de la demencia senil, y si en la familia hay también un abuelo y se juntan púber y abuelo, la situación puede tomar las características de una película de Almodóvar. También los abuelos suelen contestar por la tarde a preguntas que se le hicieron por la mañana. Y si ambas cosas se juntan, la combinación resulta insoportable para un adulto medianamente normal.

Una primera consecuencia de todo esto en el plano de la transferencia es que es muy difícil instalar a un púber en un diván para que quede expuesto a su propia palabra. Para analizar a un púber es indispensable algo del orden del diálogo. Es más: eso que no se da en la familia, la posibilidad de dialogar, es necesario en la transferencia con el carácter de una verdadera condición del análisis. Y tomar, en el contexto del diálogo, algo de la enunciación.

Tal es, pues, el plano descriptivo. La pregunta se refiere ahora, como he dicho, a la estructura. Un primer paso en este sentido consiste en observar que lo que se registra en las situaciones familiares y aun en las relaciones con los pares (donde hay una estructura dialógica, aunque en código), supone una cierta pérdida

de la diferencia entre enunciado y enunciación, o que en algún punto esa diferencia no está clara.

Damos, pues, un primer paso hacia la estructura por esa vía, aunque la observación tiene aún cierto matiz descriptivo. Cambiemos entonces el lugar de la interrogación: preguntémosnos por los padres. Este momento pone a los padres en una situación complicada: descubren que a su hijo no se le puede decir todo. No me refiero a ese "no se puede decir todo" del lenguaje, sino que no se le puede decir todo lo que uno piensa (si bien ese "no se puede" no es normativo, ya que hay un factor transferencial y de amor que es sumamente importante). Para el niño, los padres conservan aún cierto valor de Otro primitivo, esto es, la palabra del padre mantiene las características que Lacan atribuye al Otro constitutivo que posee valor oracular, el valor de una legislación de la realidad.

Tal cosa ocurre, por ejemplo, en los niños pequeños, cuyos padres legislan si hace frío o si hace calor y si, por tanto, es necesario ponerse pulóver o no ponérselo. Con ello constituyen el imaginario, la realidad en que se circula si se sale a la calle. Los padres son los que saben si hace frío o no. Ese valor legislativo de la palabra del padre es, pues, algo que para el púber aún no se ha perdido del todo. Entonces, si un padre dice: "Lo que ocurre es que sos un vago". El chico puede discutir que sea así. Pero lo que los padres suelen perder de vista es que, como paso lógico previo, hay, por parte del chico, una apuesta a la verdad de la palabra del padre. En otras palabras: el chico *primero* cree en lo que se le dice y después lo discute. Ese "primero", que no es forzosamente, cronológico, es más sostenido, mucho más en los púberes querellantes, en los que hay una creencia inicial respecto de la palabra del padre mucho más fuerte. En tales casos resulta de máxima responsabilidad hablar, porque la relación es efectivamente asimétrica, y no es lo mismo hablar con púberes que hablar con otros interlocutores, porque la palabra de los padres tiene todavía un peso muy grande y produce en los púberes un efecto muy fuerte. No es una palabra que pueda ser fácilmente descreída. Los padres suelen proceder como si dialogaran con

alguien que no les cree, aunque es exactamente al revés. Esto produce en ellos un sentimiento de mucha soledad. Dicen: "No puedo hablar libremente con mi hijo" y (muchas veces en función de cierto ideal de autenticidad): "Si justamente a mi hijo no le puedo decir todo lo que pienso, ¿a quién se lo voy a decir?" Y justamente es a él a quien menos se le puede decir todo lo que se piensa. De todos modos, esta línea es relativamente peligrosa, porque también genera un sentimiento de excesiva responsabilidad, creyéndose que cualquier cosa que se diga va a marcar al hijo definitivamente en sus elecciones futuras y demás. No conviene, pues, tomarlo como una prescripción.

Del lado de los padres, el sentimiento es, pues, de soledad. Y, ahora bien, el diálogo calma el sentimiento de soledad, porque efectivamente en el diálogo hay encuentro. Lacan insiste en que no hay relación sexual. Pero precisamente porque no hay relación sexual (o porque ésta, como él dice, cesa de no inscribirse), hay encuentros puntuales. Ése es el campo del amor, y esto es contingente. Existe otra vertiente de lectura de Lacan para la cual, como no hay relación sexual, entonces para qué hablar si el otro no me va a entender y yo puedo entender algo distinto. En *Encore* Lacan plantea justamente esta cuestión, la de la posibilidad del encuentro, pero con la modalidad de lo contingente, esto es, de lo que es posible pero no es necesario. Por tanto, uno no sabe qué le va a pasar, ni cuándo ni cómo.

Volvamos a la situación que describíamos. Decíamos que se pierde la diferencia entre enunciado y enunciación. ¿En qué puntos? Un primer aspecto es el lugar del funcionamiento de los ideales (no el de los ideales sociales, sino de los ideales del yo, de los ideales en tanto singulares). Un segundo punto es el de la posición que el sujeto tiene respecto de la angustia del Otro. Un tercer punto se relaciona con la posición respecto del deseo. Paso a desarrollar cada una de estas tres cuestiones.

DIFERENCIAS ENTRE ENUNCIADO Y ENUNCIACIÓN

Afortunadamente hay dos padres, porque, si no, el hijo sería una fotocopia de uno de sus progenitores. Pero la identificación no es con una sola persona, sino con la combinación de rasgos de ambos padres o de distintos rasgos que aparecen en el Otro del sujeto.

Suele suceder que uno de los padres vea en el hijo algo del orden del ideal que le resulta conflictivo en relación con el otro padre. Hay pocos padres que se digan: "Yo elegí a esta madre (o a este padre) para mi hijo, y por consiguiente lo acepto como venga". Lo más frecuente es que cuando se ve en el hijo alguno de los rasgos más repudiados del otro, se origine un clima de alarma. Imaginemos a una señora que decidió tener un hijo con un señor muy bohemio, muy romántico y muy despreocupado por las cuestiones del trabajo y el dinero y que se ha sentido un poco desprotegida por esa condición de su pareja. Este hombre ha desencadenado en ella un deseo muy intenso, pero la ha llevado a verse en la necesidad de tener que trabajar y mantener la familia. Es probable que si un día esa mujer ve al púber tirado en la cama, mirando el techo y sin hacer los deberes, se sienta presa del pánico pensando que va a ser un vago como su padre. O a un señor que ha tenido una hija con una señora algo antipática, que da malas contestaciones y tiene salidas superyoicas: a la primera respuesta un poco agresiva de su hija temerá que eso pase a ser una identificación que termine haciendo que la hija se parezca a la mujer.

Entonces, cuando, como en el ejemplo considerado anteriormente, la madre le pregunta al chico "¿Cómo te fue en el colegio?", ese "¿Cómo te fue en el colegio?" no es: "¿Qué tal estuviste con las materias hoy?", sino -campo de la enunciación- "¿Hiciste todo lo que debías hacer de tal manera de no parecerte a tu papá?" Con eso empieza a entenderse de otra manera el "No hinchas" del niño cuando entra a la casa. El "No hinchas" no es una respuesta al enunciado: es una respuesta a la enunciación, la cual no le deja al chico demasiado espacio para que, si es vago, al menos sea vago de una manera distinta de como lo es su papá o para tener el derecho a una vagancia propia.

Ocurre que en la pregunta “¿Cómo te fue en el colegio?” la distancia entre el enunciado y la enunciación es mínima, y el púber tiene un acceso demasiado directo a la enunciación, no porque sea mago, sino porque en general es mucho lo que se le dice en relación con esas cuestiones. Insisto en la palabra “vago” porque nos da mucho trabajo a los analistas de púberes. Lleva mucho tiempo establecer la dimensión significativa de esa palabra. Conduce a preguntarse qué es un vago, y requiere, además, que el púber se encuentre con el sinsentido, esto es, con el vaciamiento de sentido de este significante y pueda dejar de servirlo. En ese punto se presenta enlazado, de manera demasiado directa, con una significación procedente del contexto familiar.

WWW.SRMCURSOS.COM
CURSO RESIDENCIAS PSICOLOGÍA

TRANSMISIÓN DE LOS IDEALES

Otra situación que suele plantearse en relación con los ideales, es la pérdida, en los padres, de la distancia existente entre la transmisión y la enseñanza de los ideales. Los ideales no se enseñan, se transmiten a pesar del campo intencional. La circunstancia de que los ideales no se enseñen sino que se transmitan, puede hacer que un sujeto se angustie sobremanera al procurar comprobar si los ideales han sido transmitidos o no. He introducido más arriba el ejemplo de la lectura. Lo único que puede tranquilizar en relación con la lectura, es que en el padre haya habido un goce con la lectura.

Como se sabe, el goce se sitúa completamente afuera del campo de lo utilitario. Esto es, no sirve para nada. Si un padre ha podido aceptar que leía tan sólo porque sí, puede tener cierta confianza en la transmisión de este ideal. Si, en cambio, eso no está suficientemente claro en el padre, es posible que caiga en la ilusión de enseñar a su hijo las virtudes de la lectura (que sirve para la vida social, para ganar dinero, para seducir mujeres: lo bueno que es, para todo eso, leer mucho). Esto genera precisamente una reacción inversa, pues, al no tenerse confianza en esto de que el goce es “porque sí”, la idea de la enseñanza de los ideales se transforma en una obligación

superyoica. Eso puede empujar a un sujeto a la búsqueda de la comprobación de si los ideales efectivamente han sido transmitidos o no. Lo mismo que en el primer caso, las fallas que se adviertan en este sentido generan gran alarma, y escasa confianza en que se los haya podido transmitir, como ocurre también en el caso de los ideales éticos.

WWW.SRMCURSOS.COM
CURSO RESIDENCIAS PSICOLOGÍA

LA ANGUSTIA EN EL OTRO

Ése es, pues, el campo de los ideales. Veamos ahora qué ocurre con la angustia. Debemos diferenciar dos situaciones distintas: una cuando la angustia aparece del lado del sujeto, y otra que consiste en la posición del sujeto respecto de la angustia en el Otro. La angustia en el Otro pasa por distintas vicisitudes y puede dar lugar al intento de obturarla, de hacer que se resuelva rápidamente. Existe también la posibilidad de plantearse hacer algo por la angustia en el Otro. El punto al que el análisis puede llevar a un sujeto es el de preguntarse qué hacemos si la angustia aparece cuando la falta falta. Suele ocurrir que se tienda a obturar eso que falta, con lo cual la angustia del Otro aumenta. El campo de la angustia del Otro pone al sujeto en un punto de máxima castración: yo no puedo hacer por el otro aquello que el otro tiene que hacer respecto de su propia angustia. Lo más probable es que si intento no obstante hacer algo en función de eso, lo único que logre sea incrementar su angustia, no reducirla. El diálogo típico, caracterizado por el “hacé esto, hacé lo otro”, esto es, incurrir en el consejo, es uno de los procedimientos más devastadores en este sentido.

El consejo equivale a decir: “Si yo estuviera en tu lugar, haría tal cosa; por tanto, yo estoy en tu lugar y vos te quedás sin lugar”. Puede comprobárselo en las guardias. En pacientes que están descompensados y son llevados por la familia urgida por fantasías de muerte y de locura, se advierte una reacción muy favorable y rápida en los primeros días de internación, es que se han encontrado con un señor de delantal blanco que se ha sentado junto a ellos y

tranquilamente les ha preguntado, por ejemplo, acerca de cosas de la infancia. El paciente, que quizás estaba al borde del suicidio, se pregunta cómo puede ser que ese señor esté preocupado por si hubo algún antecedente antes de la escolaridad, etc. En la medida en que el analista no corre detrás de la angustia, como puede hacerlo la familia, se produce una disminución casi automática de ésta. Es éste un punto sumamente difícil en el caso de los púberes, pues los púberes se angustian; se angustian porque son sujetos y se angustian como cualquier otro sujeto, pero particularmente porque pasan por una edad en la que se enfrentan con situaciones complejas relacionadas con la sexualidad, la educación, la vida social, y otras cosas, que suscitan en ellos angustia.

Entonces, encontrarse con que en el medio familiar se desea hacer algo rápidamente para atenuar, para aplacar la angustia que él experimenta, equivale, para el púber, a encontrarse con que no hay en el Otro lugar para esa angustia. Pues que haya lugar para la angustia quiere decir que sencillamente se la soporta, sin intentar resolverla. Por cierto, para los padres, en el caso particular del hijo púber eso no es fácil. Lo más común es que no soporten que el chico tenga angustia. Obsérvese que, de acuerdo con la descripción de sesgo más semiológico que Freud hace de la angustia, ésta supone justamente una sustracción de carga de palabra; dicho de otro modo, la angustia supone que no puede decirse nada de ella: cuando se intenta hacerlo, el sentimiento que surge es otro: miedo, tristeza, ira.

Entonces, si el púber está angustiado, no cabe preguntarle qué le pasa, pues el chico no puede decirlo, y no porque no quiera. Su reticencia hace que en los padres se origine la suposición de que le está pasando algo que él no les cuenta. Y efectivamente es así: algo le está pasando y no lo cuenta, pero no porque lo oculte, sino porque no puede contarlo. Es fácil que el padre imagine que la angustia del hijo se debe a algo que él hizo malo que podría haber hecho y no hizo. Si esto se acentúa, la situación que se crea no tiene salida: el padre le pide al hijo cada vez con mayor insistencia que le diga qué es lo que ocurre, y esa insistencia incrementa en el hijo la

imposibilidad de contar lo que le ocurre. Cuando la situación es ésa, cada una de las partes se preocupa por la otra, ninguna de ellas puede decir, por razones de estructura, qué es lo que ocurre, y se generan, comúnmente, tensiones agresivas, pues el padre suele cerrarse en un "no me quiere contar" o, en el mejor de los casos, en un "no me puede contar", pero no porque estructuralmente no pueda, sino porque "la cuestión es tan grave que no me puede contar".

De manera que reviste gran importancia la posición de los padres respecto de la angustia del Otro en general y, en particular, respecto de la angustia del púber.

www.srmcursos.com
CURSO RESIDENCIAS PSICOLOGÍA

EL DESEO EN EL OTRO

El tercero de los campos que anuncié es el de la posición respecto del deseo en el Otro. El deseo es del orden de la estructura, y existe en la pubertad lo mismo que en cualquier otra edad. Y, lo mismo que en cualquier otra edad también, puede ocurrir que el púber se encuentre perdido respecto de su deseo y no hable de él porque el deseo le ofrece una opacidad tal, que tampoco pueda dar cuenta de él. Es característica en este sentido la queja de los padres de que el hijo, en lugar de practicar deportes, leer un libro o aprender a tocar un instrumento, se la pase viendo televisión. Esta situación de aparente falta de deseo, de abulia, es consecuencia de las distintas vicisitudes por las que atraviesa el púber en relación con su propio deseo. Desde el momento inicial de alienación del deseo en tanto deseo en el Otro, o del Otro, hasta las alternativas de la apropiación del deseo, en el tiempo de separación, pasando por la opacidad propia del deseo. Cuanto más, en un momento en el que se juegan tantas cosas a nivel del deseo sexual. En los padres, con el componente de responsabilidad que casi inevitablemente se da en ellos, el hecho de ser testigos de esa situación origina una angustia muy grande.

Por mi parte, suelo pensar (y a veces me es imposible decirlo) que el chico que ve televisión durante muchas horas verdaderamente da grandes muestras de concentración y de consecuencia. Porque es

eso lo que exige mantenerse en una misma actividad durante tanto tiempo. Es llamativo el interés por los programas, por las secuencias de las historias que se presentan, por la música. Y eso pese al *zapping*. Yo creía que hacían *zapping* porque no se daban cuenta de lo que veían en la pantalla, que era una suerte de manía en el sentido de la metonimia sin objeto. Pero caí en la cuenta de que en realidad tienen una rapidez mucho mayor que la nuestra para darse cuenta de qué es lo que se les ofrece en un canal y si les interesa o no. Y si no les interesa, inmediatamente continúan buscando.

Nosotros, en cambio, nos hemos formado en una cultura en la que la imagen no tenía ni la velocidad ni la importancia que tiene ahora. Para establecer un corte con el Otro, nuestra generación recurrió al libro. Nos colocábamos detrás de un libro para escondernos de todo lo que se hablaba en nuestras casas, de los goces paternos.

Para volver a la queja acerca de la televisión: la experiencia muestra que, si no se produce ninguna interferencia, con el tiempo los jóvenes pueden advertir lo mal que actúan los actores de los programas para adolescentes, lo aburrido que son los argumentos de las historias, y que el interés puesto en la televisión puede encauzarse en otra dirección. Solo que para esto es menester que los padres tengan confianza en los ideales transmitidos.

Las mencionadas son, pues, las problemáticas centrales: la de la angustia, la de los ideales y la del deseo. Lo que se descubre entonces es que si ocurren algunas de las alternativas que hemos mencionado antes es probable que caigan los velos que permiten que se sostenga la distancia entre enunciado y enunciación y que, por ende permiten el diálogo. Es posible entonces que, en estos casos, los púberes tengan un acceso demasiado directo a la enunciación, en las conversaciones familiares. Es así que aquí se debe producir un segundo corte entre enunciado y enunciación. En el sentido del ocho interior. Pues así como el corte que se produce en la infancia se centra en el juego, el corte que se produce ahora se centra en el diálogo. El diálogo tiene algunas características semejantes a la del juego en lo que concierne a su carácter de actividad pautada. En el juego, cuando se estipula,

por ejemplo, "Dale que yo soy el papá y vos sos la mamá, y entonces ...", se instaura una dimensión de ficción que permite producir un corte con los goces paternos. Lo mismo ocurre en el diálogo, cuando tácitamente se estipula: "Dale que estamos charlando y que creemos en la cuestión del enunciado y dejamos que las enunciaciones queden a un lado, al menos para nuestra conciencia".

La presente situación depende de pautas parecidas: "Dale que yo voy a hablar del tema de la pubertad y de la relación de los púberes con el lenguaje, y que ustedes están interesados en esto, etcétera". Constituye algo del orden de la castración aceptar el hecho de que, fuera de la situación analítica, cuando se dialoga, se dice lo que se dice o se dice lo que se estipula decir. Esto no impide que alguien analizado pueda hacer una lectura retroactiva de determinadas situaciones, tanto propias como de los otros. Se supone que algo del orden del final de análisis se relaciona, en general, con la posibilidad de circular en un mundo en el que las cosas son lo que son, y no algo distinto de lo que son. Resulta claro que para que un significante pueda ser escuchado en la situación analítica es necesario que no se produzca esta obscenidad que pervierte el límite que instala la barra entre significante y significado.

Por consiguiente, es indispensable -como tarea analítica, como trabajo en el sentido del *Arbeit* freudiano- con el púber volver a producir un corte que supuestamente no está hecho. Volver a producirlo en el sentido en que lo señala Lacan: el cocinero hace el corte en articulaciones que ya están, pero de todos modos es necesario que haga el corte. Esto es, es necesario producir un nuevo paso por la diferencia entre enunciado y enunciación, a fin de restablecer el diálogo entre el púber y su familia, esto es, que se pueda decir "qué lindo está el día", discurrir acerca de las vacaciones, hacer comentarios acerca de los conjuntos de rock, hablar de literatura o de política, en fin, sea lo que fuere, y de manera tal que en todas las cuestiones referidas a la angustia, a los ideales y al deseo, cada uno se haga cargo de la parte que le corresponda, como debiera ocurrir en todo diálogo. Hacerse cargo de la parte que le corresponde quiere

decir reservarlo para su intimidad, esto es, que pueda haber un velo y producirse lo que en Freud aparece como censura preconsciente.

Ahora bien, nos estamos refiriendo a condiciones de mínima, porque cualquiera podría responder al párrafo anterior “¿entonces, no se puede hablar con los hijos ni de la angustia, ni del deseo, ni de los ideales?”. Responderíamos a esta pregunta que cada cual puede hablar de lo que quiera, sólo que para que se pueda producir un diálogo es necesario que se den las condiciones establecidas anteriormente como condición mínima.

Es decir que existe la posibilidad de que los padres consideren a sus hijos seres hablantes. Si esto es así se dirigirán a ellos como a seres que pueden hablar y escuchar. Y no como a “cosas” en el sentido del derecho romano, es decir, como a entes susceptibles de producir derechos y especialmente obligaciones, respecto de los cuales se tienen responsabilidades y con las cuáles es menester “hacer” algo.

Resulta llamativo observar cómo esta última circunstancia se produce en padres que son sumamente responsables con sus obligaciones, que atienden a sus hijos, los alimentan, concurren a las reuniones de padres, se preocupan por su futuro, escuchan las consignas de los psicólogos del estilo de “hable con sus hijos” y cumplen con todas las cuestiones que el orden cultural y jurídico espera de ellos. Y, sin embargo, concurren a nuestros consultorios con jóvenes en quienes el efecto “sujeto” aparece vía acting.

Por el contrario es dable observar que existen otros padres que al dirigirse a sus hijos como a seres hablantes ponen en juego la diferencia entre los “chicos” y los “grandes” sin necesidad de que esta diferencia produzca una especie de apartheid, o de “capitis deminutio”. Tampoco les impide pensar que hay cuestiones que los niños y los jóvenes “todavía” no entienden. Son los mismos que, a edad avanzada son tratados por sus nietos, también como seres hablantes, aunque haya cosas que “ya” no entienden.

IX. APROXIMACIONES AL CONCEPTO DE LATENCIA *

WWW.SRMCURSOS.COM
CURSO RESIDENCIAS PSICOLOGÍA

Dividiré la exposición en dos partes, que se corresponderán con las dos cuestiones fundamentales que me propongo plantear. La primera de estas cuestiones es una hipótesis personal, que he de someter a discusión, y la otra se centra en la consideración de algunos de los temas que Freud trata en relación con el concepto de latencia.

Consideraré ante todo una estrofa de un poema de Federico García Lorca:

*“Tengo miedo de perder la maravilla
de tus ojos de estatua y el acento
que de noche me pone en la mejilla
la solitaria rosa de tu aliento.”*

No son, según la primera línea, “tus ojos de estatua” lo que temo perder, sino la “maravilla”; porque tus ojos podrían estar y yo no sentirla. Del mismo modo, tampoco se trata sólo de tu aliento: lo que temo es que no produzca ningún acento en mi mejilla. Lo que no se quiere perder, por tanto, es la maravilla del encuentro amoroso, y tanto menos quiero perderlo cuanto sé que es contingente: que no depende solamente de mi disposición para el amor. ¿Y si después no vuelve a darse? ¿Y si después nunca más se da el milagro de la

* Enrique Millán. Este texto fue presentado en el seminario “Niños en psicoanálisis” coordinado por Alejandro Varela en la Propuesta Psicoanalítica Sur.

1. En “Poesía. Poemas sueltos”, Federico García Lorca, *Obras Completas*, Aguilar, Madrid 1960, Pág. 546.

simultaneidad de la *maravilla* y la *mejilla*, del *aliento* y el *acento*? Las palabras no riman porque sí, ni en cualquier lugar: las palabras riman en lo real de los cuerpos. Tengo miedo, entonces, de perder la rima. Te invito a rimar, a seguir rimando. Pero, claro, eso no depende de nosotros, de nuestra voluntad, sino de la instantánea, fugaz, evasiva función de la voz media.

¿Por qué no la podremos conjugar, como los griegos? En ese caso, ya no tendríamos que rimar, sino conjugarlos.

Cuatro versos de amor hacen una estrofa de amor de un poema de amor de Federico García Lorca, en quien el verbo "rimar" no es ni activo ni pasivo, sino que se le da en voz media: *maravilla* de la pulsión, milagro del fantasma, sin el cual lo real nos sería estrictamente ajeno.

Procuremos avanzar en el intento de descubrir el misterio del poema. Me he detenido en la rima, pero apenas adelantamos en la lectura hallamos también que entre el primer verso y el segundo, lo mismo que entre el segundo y el tercero, hay sendos encabalgamientos. Las escansiones rompen la sintaxis: si no fuera por ellas, no quedarían subrayadas las palabras "*maravilla*" y "*acento*", que están del lado del sujeto, y se atemperaría la importancia de las palabras "*ojos*" y "*aliento*", que están del lado del *partenaire*. La escansión producida por los encabalgamientos -en los que el lector queda suspendido entre un verso y otro- da un respiro al encuentro de dos cuerpos, que se sostiene en la falta de proporción.

En los trabajos acerca de la pubertad que produjo con Silvia Wainsztein hemos insistido en que es en ese momento cuando comienzan las historias de amor distanciadas de la escena edípica, así como la posibilidad del acceso al coito. En esos mismos trabajos hemos señalado también la importancia que tanto Freud como Lacan le reconocen a esos elementos. La exogamia, las distintas vicisitudes de la salida del Edipo, la estabilización de la vida sexual y de las elecciones objetales, la puesta en juego de la condición *erótica* en su doble remisión -"*glance*" y "*glanze*"- a la escena sexual y la escena edípica, son algunos de los lugares por los que circula

la reflexión freudiana. Por otra parte, la insistencia de Lacan en la relación entre fantasma y acto sexual (según la cual el segundo no podría sostenerse sin el primero) da cuenta de muchos de los fenómenos clínicos de la adolescencia, desde los primeros episodios hebefrénicos hasta la constitución de síntomas neuróticos.

Pero toda esa problemática puberal irrumpe en alguna escena. Volviendo al poema: ¿por qué tiene miedo el poeta? No dice que no quiere perder la *maravilla* o que sencillamente le gustaría que la historia continuase, sino que dice que tiene miedo. ¿Qué sucedería si la historia se interrumpiese? ¿A qué escena volvería? Las historias de amor, las historias sexuales, comienzan siempre en la vida de alguien que les preexistía. ¿Cuál es la posición subjetiva previa a la pubertad?

Llamo, pues, "*latencia*" a la escena en que se encontraba el sujeto en el momento en que irrumpe la pubertad, y agrego que es a esa escena a la que retorna en las escansiones de su vida amorosa o sexual. Escena que, por tanto, se mantiene latente, elidida, pero, por eso mismo, siempre dispuesta a retornar. De este modo, la *latencia* puede dejar de ser pensada como momento evolutivo y pasar a ser vista como momento estructural, momento de cuyas características metapsicológicas me ocuparé más abajo.

Antes, intentaré hacer un breve recorrido fenomenológico. No me cabe duda de que un analizante, cuya profesión es la ingeniería, estaba jugando con un *meccano* cuando se inició su vida sexual. Retoma, con alivio, aquella actividad cuando las damas dejan de ocupar (lo digo en el sentido del "*besetz*" freudiano) su atención. Vuelve a ocuparse en sus cablecitos con la misma seriedad infantil con que antes se dedicaba al *meccano*, sólo que ahora como ingeniero, y de importantes empresas, sublimación mediante.

Otro analizante -un intelectual- seguramente estaba leyendo en el momento de la *latencia*. La importancia que tenía esa escena se reveló a partir de un dato que llevó al análisis a propósito de un hecho contingente. Advirtió que en muchas ocasiones, cuando sus compañeras sexuales iban al baño a colocarse el diafragma, él

inmediatamente se ponía a leer, y había desarrollado cierta habilidad para ocultar el libro en seguida, ante la inminencia del retorno de la dama, operación que una vez no logró realizar con suficiente rapidez, con el consiguiente disgusto de la señorita. Este hecho hizo que cayera en la cuenta de su costumbre, que hasta ese momento no le había llamado la atención.

Pero no todas las historias prepuberales son del mismo orden ni se ligan de manera tan directa a la sublimación. Un analizante, después de la muerte de su madre, planeaba su suicidio con obsesiva minuciosidad, cuando comenzó su primera historia amorosa. Esta circunstancia se puso de manifiesto en el análisis al interrogarse acerca de la angustia que en él generaba la inminencia de una separación. El homicidio de uno de los padres como resto de fantasías edípicas suele encontrarse habitualmente en el análisis de pacientes obsesivos en los momentos de cortes de historias de amor, proyectos que aparentemente estarían dispuestos a llevar a delante si se reinstalara la escena latente. Suicidios, homicidios, tedio, climas familiares insoportables debido a la circulación de goces paternos de los cuales fueron testigos, escenas sin salida a causa de la impotencia que es propia de una edad en la que no pueden sustraerse de todo ello yéndose a vivir solos. Castigos, humillación, sensación de impotencia, odios y amores constituyen uno de los lugares en los que creo haber encontrado la semiología de este momento estructural.

Ahora bien: ¿qué dice Freud al respecto? El lugar en que más se refiere al tema de la latencia es en *Tres ensayos ...*. Pero a lo largo del resto de su obra hay comentarios dispersos, hechos en distintos momentos y en distintos contextos: en "El carácter y el erotismo anal", en "La moral sexual cultural", en "Los dos principios del suceder psíquico", en "La predisposición a la neurosis obsesiva", en "El yo y el ello", y, un poco, en "El final del complejo de Edipo". También en otros artículos breves y, fundamentalmente en *Inhibición, síntoma y angustia*. Pero ninguna de las referencias posteriores a *Tres ensayos ...* tiene la fuerza, el peso y el desarrollo teórico de ese texto de 1905. Bien: tomando como punto de referencia la hipótesis que presenté

poco antes, haré algunos comentarios acerca de lo que Freud plantea en el texto de 1905 para poder tomar algunos conceptos posteriores e incluidos allí.

El de *Tres ensayos...* es un escrito que Freud, a lo largo de casi toda su vida, modificó, en el sentido de introducir agregados, pero no en el de cambiar su estructura general. Es claro que a ésta altura Freud no cuenta con conceptos tan importantes como el de pulsión, el de pulsión de muerte (como en *Más allá...*), ni la premisa universal del pene.

Freud aborda el tema de la latencia en un apartado del segundo de los *Tres ensayos...*, apartado cuyo título es "El período de la latencia sexual de la infancia y sus interrupciones". Es interesante observar que la noción de interrupción, en relación con el concepto de latencia, posee una importancia tal que aparece aludida en el título mismo del apartado. De por sí, ello sugiere que la interrupción no es una circunstancia excepcional o particular dentro de un funcionamiento más o menos general, sino un elemento constitutivo del concepto de latencia.

Freud plantea allí el siguiente cuadro general de la conducta sexual infantil. Primero: el recién nacido trae consigo impulsos sexuales en germen. Segundo: tras un cierto desarrollo, esos impulsos van sucumbiendo a una represión progresiva. Tercero: esa represión puede interrumpirse a causa de avances regulares del desarrollo sexual o ser detenida por particularidades individuales. Freud reconoce que ignora las razones acerca de por qué las cosas son así, y caracteriza al proceso como oscilante. En una nota al pie de página remite a trabajos médicos que tienen coincidencia con esta descripción. Pareciera que el desarrollo biológico en los niveles glandular, anatómico y funcional pasa por alternativas igualmente "oscilantes". Creo que la importancia de esta cita no estriba tanto en el contenido como en la estructura lógica de oscilación, el movimiento y la detención.

A continuación, Freud introduce tres subtítulos. El primero es "Obstáculos sexuales". Señala que en el período de latencia, que puede ser total o parcial, se constituyen los poderes anímicos que

más tarde se oponen al instinto sexual y lo canalizan, determinando su curso, a la manera de un dique. Agrega que el observador puede tener la sensación de que esos diques son obra de la educación, pero que en realidad el desarrollo se encuentra orgánicamente condicionado y fijado por la herencia, y que puede producirse sin auxilio alguno de parte de la educación. Lo que aquí se describe como herencia y como elemento orgánico, nosotros lo podríamos pensar del lado de la estructura, están en el Otro. Para Freud, pues, no haría falta que la educación produjera aquellos diques. Pero uno podría pensar, inversamente, que esas oscilaciones son las que les permiten a los educadores decir su palabra.

El segundo subtítulo es “Reacciones y sublimación”. Freud se pregunta aquí con qué elementos se forman esos diques, a los que considera de suma importancia para la cultura y para el ulterior desarrollo moral del individuo. La primera tesis que presenta es la de que los diques no podrían constituirse si no es a costa de los impulsos sexuales infantiles, que no han dejado de afluir durante el período de latencia, pero cuya energía es desviada, en todo o en parte de la utilización sexual y orientada hacia otros fines, mecanismo al que denomina “sublimación” y al que le reconoce un papel destacado en toda función cultural. No duda en colocar el origen de la sublimación en el período de latencia. Hasta este punto, Freud no ha expuesto una explicación de por qué se produce ese cambio de destino; sencillamente hace constar que se produce. Pero a continuación formula una hipótesis: durante esos años de la infancia, los impulsos sexuales no podrían ser aprovechados, porque la función reproductora por entonces aún no ha aparecido, y en eso estriba la característica esencial del período de latencia. Añade que esos impulsos son perversos de por sí; parten de zonas erógenas e implican tendencias que, dada la orientación del desarrollo, sólo pueden provocar sensaciones displacenteras. Esta circunstancia hace que surjan fuerzas psíquicas contrarias que terminarán por erigir los diques psíquicos ya mencionados, a fin de suprimir aquellas sensaciones displacenteras. Especifica que esos diques son la repugnancia, el pudor y la moral.

El tercer subtítulo es: “Interrupciones del periodo de latencia”. Aquí Freud afirma que la interrupción originada en la latencia, esto es, la mencionada utilización de la sexualidad infantil, representa un ideal educativo. Agrega que, por tanto, la formación de los poderes morales de defensa se producen a costa de la sexualidad.

Es evidente que los goces que, según proponía antes, retornan, no podrían pensarse sin apelar a *Más allá del principio de placer* y a la teoría de los goces que en 1905 aún no ha sido elaborada. Por otra parte, la idea de la sublimación como uno de los destinos posibles de la pulsión, no puede ser pensada sin el posterior concepto de pulsión.

Al releer “La organización genital infantil” en relación a la problemática de la constitución de la función fálica, pensé que, efectivamente, el tiempo de la constitución de esta función es el tiempo del Edipo. O sea, que debe estar ya constituida antes del momento de latencia, y que no es un concepto de peso, en relación con el concepto de latencia. En otras palabras, la circulación, la dinámica y el régimen fálico deben de estar ya instalados en el momento final del Edipo.

Sé que éste recorrido a través de Freud, lo mismo que el punto anterior, puede dar lugar a que se planteen muchas cuestiones. Espero poder extenderme acerca de ellas en ocasión de las preguntas que se me formulen al concluir la exposición.

Aparte de hacer una referencia directa a la latencia en los *Tres ensayos...*, en el trabajo acerca de la metamorfosis de la pubertad, Freud le atribuye una importancia muy grande en la pubertad a la cuestión de lo real del cuerpo, esto es, a la cuestión de la maduración orgánica y la consiguiente posibilidad de acceder al coito. Ello no supone, por cierto, que la temática del coito no funcione anticipadamente antes de la maduración orgánica. Aquí se plantea una temporalidad bastante cercana a la del estadio del espejo. Pues está claro que, en Freud, al margen de la terminología empleada, los impulsos genitales suponen una comprensión anticipada de lo que está en juego en una relación sexual. De ese modo se repite

la dialéctica temporal del estadio del espejo. Entre la insuficiencia y la anticipación oscila un sujeto cuyas vicisitudes no pueden ser captadas sino desde la lógica propia del tiempo para comprender: una premisa que, anticipada en el instante de la mirada, no produce certidumbre sino en una situación de reciprocidad, y que instala las condiciones que hacen necesario el acto. Freud emplea tres términos: “Edipo”, “latencia” y “pubertad”. La salida del Edipo se produce por sustitución de carga de objeto (por identificación y por sublimación), quedando un resto de libido que da lugar a la ternura.

Es claro que todos estos avatares no conducen directamente a la pubertad. Hay un tiempo de espera, una escansión que en Freud constituye la latencia. Si se entiende esta estructura en términos cronológicos, la latencia es pensada como un período que, aunque anticipatorio, lleva a la pubertad, y este paso se produciría más o menos exitosamente, pero en todo caso de manera definitiva.

La secuencia es muy distinta si pensamos la relación entre aquellos tres conceptos en términos de condición borromea. Nominamos a cada nudo como “Edipo”, “latencia”, “pubertad”. Digo, nominamos cada uno de los tres nudos sin hacerlos coincidir con lo imaginario, lo real, y lo simbólico, simplemente se trata de otra nominación. Ahora bien: cualquier corte en ellos produce la disolución de la condición borromea. Si la pubertad remite directamente al Edipo sin mediación latente, la actividad sexual se torna imposible, y deriva hacia la inhibición en el caso de la neurosis, en tanto que si la latencia no cierra en un acto -para el caso, un acto sexual-, el sujeto queda suspendido en un tiempo de vacilación en el que los objetos edípicos vuelven a ser catectizados. Pero como, al mismo tiempo, los cierres no se producen de manera definitiva, lo fallido del momento de concluir hace que el sujeto retorne al tiempo latente de comprender, por el que deberá pasar una y otra vez, produciendo cada paso sus efectos.

Resta pensar en el cuarto nudo, en el que vacilo en colocar la sublimación. Quiero decir: me pregunto si es posible hacerlo. Es evidente, en el marco de este razonamiento, la relación entre la sublimación y la latencia, a propósito de lo cual aparece, en el

texto freudiano, la palabra “desexualización”, cuya interpretación es también bastante complicada.

En ese sentido, Lacan viene en nuestra ayuda al señalar, en la *Lógica del fantasma*, que es condición del momento sublimatorio la “operación” de exclusión entre el sujeto y el objeto “a”, quedando anulada la operación de unión, que sostiene la confusión entre sujeto y objeto en el fantasma, y siendo necesaria la simultaneidad de ambas operaciones para que el fantasma sostenga al sujeto en el deseo.

Esa tensión entre sujeto y objeto propia de la sublimación indica que éste es el único de los destinos posibles de semejante situación. De no soportar la distancia o la separación del objeto, el sujeto podría precipitarse en el pasaje al acto. Otro de los destinos posibles es el acto sexual, el cual permite que la pulsión curse su circuito. Pero si ese destino no puede concretarse y el pasaje al acto, aunque fantaseado, no se lleva a cabo, la única posibilidad que resta es la sublimación, posibilidad establecida en la latencia.

Resta preguntarse por la ternura como resto de la libido desexualizado de las cargas edípicas. El amor y la amistad son asexuados, lo cual no quiere decir que sean deserotizados. Es en la latencia cuando se consolida la maqueta de la relación con el semejante. Las alternativas de las relaciones de amistad en la vida adulta están marcadas por episodios del período de la latencia, esto es, por lo que en psicología se denomina la relación con los pares: se trata de soportar una relación con el otro que, sin colocar al cuerpo en relación de intercambio sexual, le permita a la pulsión hacer su apuesta. Esto confiere a las relaciones amistosas una tensión objetal de características similares a las de la sublimación.

Cerraré esta exposición con una breve referencia a la clínica de la latencia. A un analista que no se concibe a sí mismo como educador, como corrector o como proveedor de ideales -tentaciones que el discurso de los latentes propicia-, le queda la posibilidad de sostener el deseo del analista en una situación en la que la espera es la condición esencial. En muchas ocasiones esta encrucijada se

resuelve conteniendo a padres a quienes la espera les resulta difícil, para que las cosas sigan su curso, absteniéndose el analista de iniciar un simulacro de análisis del latente, y otras veces simulando un análisis con el solo objeto de que los padres puedan esperar.

Los temas a que me he referido son muchos, y por una cuestión de equilibrio no los he desarrollado con el detalle con que se lo podría haber hecho. Las preguntas podrán orientar un poco la discusión.

WWW.SRMCURSOS.COM
CURSO RESIDENCIAS PSICOLOGÍA

X. PROBLEMAS DE ESTUDIO *

La Señora x hablaba algo rápido, parecía ésta su costumbre y suponía -era obvio- que su interlocutor debía poder seguirla con la misma rapidez con que salían las palabras de su boca. Por momentos la invadía un cierto crescendo -cuyos insospechados alcances pude comprobar en presencia de su hija un tiempo después- que hacía aún más difícil seguirla.

La Señora x me consultaba por esta hija para quien pedía análisis y quien parecía ser la fuente de todos sus males.

Sus males, lamentablemente, eran muchos y de variado tipo. Padecía de una larga abstinencia sexual y amorosa producto de que no podía dejar sola a Andrea, tal era el nombre de la hija, y en las pocas oportunidades en que había podido iniciar alguna pasajera relación con algún hombre, las distintas preocupaciones que su hija le ocasionaba habían obstaculizado el devenir de la historia amorosa. Vivía para Andrea y dedicaba todos sus esfuerzos para solventar la vida de ambas ya que su ex marido aportaba poco dinero al hogar abandonado. Prácticamente carecía de relaciones sociales dado que su llegada al fin de semana era de tal manera catastrófica que nunca tenía suficiente energía como para cumplir con ese tipo de compromisos.

La Señora x hacía gala de una considerable cultura, es decir manejaba una abundante información, no quedaba claro que disfrutara mucho de ella.

* Enrique Millán. Este texto fue leído en las jornadas clínicas de la Propuesta Psicoanalítica Sur de 1993, acerca de las entrevistas preliminares.